

EL NEGRO TIMOTEO

PERIÓDICO POLÍTICO, SATÍRICO Y BURLESCO

SUSCRICION MENSUAL:

60 centésimos

ADMINISTRACION, DAIMAN-282

SALE TODOS LOS DOMINGOS

TIENE EDITOR RESPONSABLE

NÚMERO SUELTO:

16 centésimos

Cartas turcas

(Segunda carta)

Lorenzópolis, Marzo 28.

Querido Timoteo:

Tus cartas recibí, y con ellas los diarios y periódicos que me adjuntabas. Por las primeras veo que estás bueno y que te conservas ileso, de lo que me felicito, pues á todo momento estoy temiendo que te den tal paliza que no te deje hueso sano; paliza por otra parte muy merecida por lo atrevido y deslenguado que eres.

¡Válgate vivir en el país en que vives, dón-de las garantías son un hecho, que si entre estos turcos vivieras, ya cojearias y manquearias, y no tendrías dientes ni para roer el mas tierno bocado del presupuesto, que es lo que aquí mas se roe.

Felicítome, pues, de que estés sano y que te haya cabido mejor suerte que la que cupo al famoso proyecto de ley electoral, que por los dias que me mandas, veo ha quedado tan mal herido y bien apaleado como el caballero de la Triste Figura.

¡Y cómo me ha solazado y divertido y entretenido la nota de tu Gobernador al Honorable Consejo!

¡Con qué *sans façon* les dice á esos ilustrísimos varones, que se dejen de reformas, y de remontarse á las nubes y de calentar los cascos de los buenos ciudadanos, que así entienden de esas *alquimias* como el Gran Visir de redactar decretos, y perdona la comparacion!

Antójaseme aquí narrarte un cuento que tiene sus puntos de contacto con la cosa.

Encargó un individuo á un artista le pintase un cuadro que representára una puesta de sol. El artista se puso con afan á la obra, y al poco tiempo presentó al interesado su trabajo concluido y encuadrado en un dorado marco.

Miró el individuo el cuadro, y empezó á hacer ciertos gestos de desagrado. Alarmóse el pintor y preguntó con acento temeroso:

—¿No satisface á vd. la obra?

—Hombre, contestó el interpelado, el cuadro está bien; solamente que yo desearia que en vez de representar una puesta de sol *terrestre*, figurase una puesta de sol *marítima*.

—¿Pero, señor, repuso el artista, entónces tendré que deshacer todo y empezarlo de nuevo?

—No digo tanto, contestó el interesado; variando el paisaje, lo que es el marco puede quedar como está.

Pues algo parecido á esto es lo que ha pasado entre tu Gobernador y su Consejo.

Encargóle á este la redaccion de una ley electoral; y despues de mucho discutir, y quemarse las pestañas, y pasarse las noches en claro y los dias en turbio, y presentar su proyecto, les sale diciendo:

—Señores, el proyecto no me parece mal, y con tal que vds. le quiten lo del voto forzoso, y lo de la proporcionalidad y lo de las penas, me parece que será aceptable.

—Pero, señor, responden los del Consejo, entónces tendremos que rehacer todo el proyecto.

—No hay para tanto, contesta el Gobernador; bien pueden vds. dejarle el *Excmo Sor.* que lo encabeza y el *Dios guarde á V. E.* que lo termina.

Pasando á otra cosa, te diré que me ha gustado mucho el parralito aquel en que S. E. dice á los del Consejo que se apuren, *porque las elecciones deben practicarse irremisiblemente el próximo Noviembre.*

¿Qué dirán ahora los descontentos, ante tan formal promesa?

¿Sabes lo que se me ocurrió á mí cuando la lei?

Pues por si no lo adivinas te lo diré, aunque ántes voy á referirte una anécdota que viene aquí como un huevazo en primer Domingo de Cuaresma.

En una de las estaciones de una via férrea en España, donde el tren solo demoraba dos minutos, acostumbraban á servir á los famélicos viajeros un pollo, que segun estaba de duro, nunca acertaron á meterle diente.

Un viajero que acostumbraba transitar por esa vía, y que había sido víctima del engaño del fondista, no podía ménos de reírse cada vez que veía á algun cándido á quien se hacia pagar el incomible pollo.

Esto ocurría el año 1860.

Dejó por espacio de 3 años de pasar por aquella estacion el viajero; pero teniendo que cruzar por ella, y olvidado ya del referido chaseo pidió algo que comer.

Inmediatamente le presentaron un pollo; y así que lo vió el viajero no pudo ménos que exclamar:

—Hola, el pollo del año 60; qué bien se conserva!

Lo mismo exclamo yo al toparme con la promesa de tu Gobernador:

—Hola, la promesa del año 76. Qué bien se conserva!

Y á fé que la tal promesa es ménos fácil de pelar que el famoso pollo.

Ya se la sirvieron á vds. el año 76; pero vinieron los manifestantes del 18 de Julio y...se quedaron vds. con las ganas.

Se la volvieron á servir por dos veces el 77, y cuando ya tenian pronto el trinchante, vinieron las 80 mil firmas y se la volvieron á llevar.

Así es que no será difícil que este año vengan algunos otros y se la lleven, lo que no es por otra parte muy de extrañar, porque parece que la promesa tiene muy poco peso.

Yo creo que se procede muy cuerdamente privándoles á vds. de esos excesos electorales, que mas pueden tomarse como causa de disturbios, engendrados de males y gérmen de revoluciones.

Y como el dia está de cuentos, te traeré á la memoria uno que es á mi entender muy del caso.

Cuenta la historia que cuando el famoso Sancho Panza fué á tomar posesion de la Insula Barataria, una de las cosas que mas le halagaba, era la de poderse tratar como á cuerpo de rey, comiendo opíparamente.

Acostumbrábase por aquellos tiempos que asistiera á las mesas de los príncipes un médico, que indicaba los manjares que podía probar el magnate y los que debian retirarse por indigestos y nocivos.

Sentóse á la mesa el buen Sancho, y apenas hubo probado un bocado de cierto plato, se lo retiraron á indicacion del doctor Tirteafuera, que así se llamaba el médico de la insula.

Quiso probar otro, pero ántes de que lo gustase le fué igualmente retirado. Atónito quedó Sancho con estas maniobras, y preguntó al médico lo que aquello significaba.

—Yo, repuso el médico, tengo por obligacion cuidar de la salud de los gobernadores de esta insula; así es que hago retirar los platos que á mi juicio serian á V. E. perjudiciales. De esta manera le aconsejo no coma de aquel plato de frutas, por ser demasiado frescas, ni de este otro de encurtidos, por ser extremadamente calientes.

—Supongo, dijo Sancho, que cuando ménos podré comer de aquellas perdices que veo en una fuente.

—De esas, objetó el médico, ménos que de ningunas otras, porque como dice muy bien nuestro maestro Hipócrates en sus aforismos: *Omnia saturatio mala, perdices autem pésima*, lo que traducido al castellano quiere decir: Todo guisado es malo, pero el de perdices, pésimo.

Pues lo mismo que le pasaba á Sancho les pasa á vds., que sentados á la mesa de las libertades públicas, quieren hartarse de todos los manjares que tienen á la vista.

Felizmente para vds. tienen tambien su doctor Tirteafuera, que les pone tasa á su intemperancia.

Quieren vds. por ejemplo gustar un poco de libertad de prensa, y el Tirteafuera les dice:

—Alto, de eso no se puede probar porque es manjar peligroso. No todas las verdades son para dichas, y mi enfermo, que es la Dictadura, no podría soportar la vocinglería que vds. armarian si comieran de ese manjar que tanto apetece.

—¿Y no podríamos, doctor, preguntan vds., probar un poco de ese otro plato que se llama libertad de reunion?

—Tampoco, contesta el médico, porque eso de reuniones me huele á grupos, y vds. saben que donde hay grupos se reparten palos, y bien podría suceder que tal garrotazo cayera, que diesen con la Dictadura en tierra, garrotazo que como buen médico debo evitar. Por consiguiente, nada de reuniones.

—Suponemos, insisten vds., que cuando ménos no se nos privará de un bocado de libertad electoral.

—¿Libertad electoral? exclama Tirteafuera: de esa ménos que de ninguna otra, porque, como dice muy bien nuestro maestro: —El uso de toda libertad es malo para la Dictadura, pero el de la libertad electoral, es el mas pernicioso de todos.

Veán vds. pues de cuanto provecho es que haya en las Repúblicas doctores Tirteafuera como en las Insulas Baratarias.

Si no fuera por esas restricciones facultativas, vds. estarian á la fecha hartos de libertades, y empachados del abuso que de ellas harían.

Dejando ahora á Sancho, y á Tirteafuera, y á las libertades en las tumbas en que yacen, pasaré á hacerte un merecido cargo por la ligereza y poco tino con que juzgas tú los mas graves acontecimientos.

Me refiero á la chacota que en tu carta haces, de la tentativa de asesinato en la persona del Gobernador.

Tú tienes la mala costumbre de burlarte de todo y temores me dan de ir contaminándome con ese defecto, pues aunque yo siempre he sido sério, el frecuente trato contigo me vá echando á perder por aquello de que: no con quien naces sino con quien paces, y júntate con los malos y serás uno de ellos.

Yo por mí sé decirte, que cuando tuve conocimiento del atentado, se me crisparon los pelos, y me crecieron las uñas, y se me paró el reloj, y me entraron tales temblores que todavía me encuentro un sí es no es perlático.

Porque, imagínate tú, ¿qué hubiera sobrevenido si el atentado se consuma?

¡Santos del cielo nos protejan!

Y eso que yo estoy á buen recaudo, que si en tu pellejo me encontráras, te aseguro que tal salto hubiese dado que habria traspuesto mas distancia que la que hay entre una panadería y un Ministerio, que ya es distancia, y larga.

Sin hablarte por hoy nada de los turcos, termino esta que va ya alcanzando las fabulosas proporciones de una fortuna ministerial.

Y haciendo votos por que no se repita: atentados como los de la semana última, y por que dejes tú de ser tan burlon y maldiciente como hasta ahora, se despide hasta la próxima tu siempre amigo.

Blas Gil.

P. D.—No quiero cerrar esta sin pedirte que en mi nombre te opersones al redactor de *El Siglo*, y lo felicites por sus sentimientos humanitarios y por el éxito que alcanzó su súplica en favor de la vida del reo que debió ser ejecutado.

Como decía muy bien el ilustrado redactor, su opinion debía de ser de gran poder para la favorable resolución del asunto.

Yo la graduo en unos tres mil caballos de fuerza.

Felicítalo, pues, por su noble corazón, por el éxito alcanzado, por su valimiento para con el Dictador, y sobre todo por el honor de haber sido agraciado con una misiva salida del augusto puño y de la ilustre letra de S. E.

Vale.

¿Cómo vamos?

Vamos bien, dice la prensa
Servil ó ministerial,
La que, por bien ó por mal,
Siempre al Dictador inciensa.
Nuestra ventura es inmensa,
Vivimos en un Eden.

¿No vamos bien?

Y la prensa independiente
Que á Júpiter no se humilla,
Repone al punto:—esa es grilla,
Y otra es la verdad patente,
Pues lo real y evidente,
Es que en el fandango actual
Vamos mal.

Tambien dice el Ministerio:
La nacion goza de paz
Y órden y quietud asaz,
Lo mismo que un cementerio.
Todo obedece al imperio
De la ley del sable, amen.

¿No vamos bien?

Y replica el pueblo:—Sí?
Pues tal quietud nos agobia,
Y miéntras como en Varsovia
Reinen paz y órden aquí;
Miéntras sigamos así
En reposo sepulcral,
Vamos mal.

Vamos bien, dice la tropa,
Nada nos falta; nos dan
Desde la plata y el pan,
Hasta el fusil y la ropa.
Estamos como en Europa,
O mejor, á todo tren.

¿No vamos bien?

Clama el estanciero —Estoy
Harto de tantas gabelas,
Y aun creo que por las muelas
Pagando un impuesto voy,
Esto es insufrible hoy.
La situacion es fatal.

Vamos mal.

Los Jefes de Policía
Murmuran:—Con cuatrocientos,
Vivimos mas opulentos
Que los beyes en Turquía;

Y en teniendo como hoy día
Por el mango la sarten,
¿No vamos bien?

—
Pero los que *nada valen*
Aunque *todo son á fé*,
Los que pagan para que
Unos pocos se acicalen,
Dicen:—De este cuero salen
Las correas...y el *bozal*.

Vamos mal.

—
Vamos bien, dice Varela
El Nacional Inspector;
Quien lo niegue, opositor
Furibundo se revela;
Yo por maestro....ciruela
Gano cuatro veces cien.

¿No vamos bien?

—
Y los preceptores, esos
Mártires de la Instrucción,
Que mas que personas son
Sacos de tripas y huesos;
Dicen—¿cuatrocientos pesos,
Y á nosotros ni un real?

Vamos mal.

—
Vamos bien, chillá la gente
Que en el candelero está,
Y que esa gente bien vá
Es una cosa evidente;

Pero los que en situación
Distinta nos encontramos;
Es decir, los que llevamos
Las cargas en la nación;

Los que vinten tras vinten
Largamos para que algunos
Salgan de hambres y de ayunos
Y lo pasen retebien;

En fin, el pobre carnero
Que dá mes á mes su lana;
Esto es, la gente *pagana*
Que dá para el *comedero*:

Esa, con razon cabal
Y mas *sensible* tambien,
En lugar de ¿vamos bien?
Exclama ¡Pues vamos mal!

A propósito de una tentativa de asesinato

—
Timoteo—Conqué han pretendido asesinar al
Gobernador de la República?

Yo—Así parece, *Timoteo*.

Timoteo—Así parece? Esta frasecilla se presta á muchas interpretaciones. Yo pregunto si es verdad ó es bola que han pretendido asesinarlo.

Yo—Hombre, no cabe duda, segun lo dicen los diarios de la situación.

Timoteo—Ah! los diarios de la situación?

Yo—Y tambien atendiendo á las prisiones habidas y á las declaraciones tomadas.

Timoteo—Este es otro cantar, amo mio, que eso de que los órganos ministeriales lo digan, muy poco crédito merece.

Yo—Y porqué, *Timoteo*?

Timoteo—Como han echado tantas noticias que han salido falsas! Lo bueno que ahora les sucede lo que al muchacho de una fabulita. Quiere su merced que se la recite? La aprendí en el colegio, y les viene de molde.

Yo—Entónces recítala.

Timoteo—Principio, señor amo.

Unos muchachos, nadadores diestros,
Sin permiso de padres ni maestros,
En los calores del ardiente estío
Iban alegres á nadar al rio.....
Uno de ellos, grandísimo embustero,
Trapalon, pendenciero.....

Hasta los calificativos de pendenciero, trapalon y embustero cuadran, señor amo....

Yo—Te entiendo; pero dime, vas á recitar toda la fábula?

Timoteo—Pues qué, supone su merced que mi fábula sabe á Dictadura?

Yo—Como he de suponer tal desatino! ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

Timoteo—Nada, absolutamente, aunque su merced no lo piense así.

Yo—Es que no lo he pensado, *Timoteo*.

Timoteo—Y cómo me preguntó si iba á recitar toda mi fabulita?

Yo—Creyendo que fuera pesada y larga.

Timoteo—Pues precisamente he respondido que no sabia á Dictadura, por no ser ni larga ni pesada.

Yo— Déjate de traer analogías por los cabellos y vuelve á tu historieta. Referías que uno de los muchachos que iban á bañarse al rio...

Timoteo—Y que era trapalon y mentiroso como tantos escritores públicos, acostumbraba burlarse de sus compañeros fingiendo que se ahogaba. Sus amigos, que tomaban las burlas por veras, acudian presurosos á socorrerlo; pero entónces el mentiroso zabullia y se les escapaba. Este muchacho me recuerda, por lo *famoso*, á un gran personaje que conocemos de vista.

Yo—Al grano, *Timoteo*.

Timoteo—Un día, sin embargo, al burlon le dió un calambre en una pierna, y comprendiendo que se ahogaba realmente, pidió auxilio á los demas nadadores, los cuales creyendo que esta vez como tantas otras el mentiroso les engañaba, no le hicieron caso y le dejaron perecer.

Yo—Y de ahí....

Timoteo—De ahí resulta, aplicando el cuento á los periódicos gubernamentales, que como tantas veces han lanzado mentiras por verdades, ahora que cuentan una verdad, todos la consideran mentira, y por eso es que yo deseaba saber si era bola ó no la nueva del asesinato.

Yo—Y te he contestado que no.

Timoteo—Entónces, si el asesinato se consuma, que crimen de lesa majestad se hubiera cometido!

Yo—Dí de lesa nacion, *Timoteo*, porque el Coronel Latorre no es ningun rey ni emperador.

Timoteo—Pues tampoco diré de lesa nacion sino de lesa Dictadura, que este es el nombre que conviene al crimen, puesto que si los que se intentan contra los monarcas se califican de lesa majestad, los que se proyectan contra los Dictadores deben llamarse de lesa Dictadura.

Yo—Así debia ser, *Timoteo*.

Timoteo—Y qué fandango hubiera habido si se realiza el asesinato. Santa Bárbara bendita! De solo pensar en las *resultancias* se me erizan los pelos! Como hubiéramos andado su merced y yo, y otros y otros y otros! A la fecha no contaba el cuento..... del mentiroso que se ahogó en el rio.

Yo—Ya *La Nacion* consignaba:—«Vendríamos á caer en el caos mas espantoso, en una anarquía prolongada y terrible, porque entonces habrian surgido de improviso toda clase de ambiciones, mil y mil pretendientes al poder, que animados del deseo de ocupar una alta posicion para explotar al país, nos hubieran conducido á las escenas luctuosas de otros tiempos...»

Timoteo—Eso mismo escribí yo mucho ántes que *La Nacion*. Yo pregunté una vez:—¿Si muere por acaso el Coronel Latorre, quien recogerá su herencia?

Yo—Y te contestabas diciendo que por lo pronto el mas fuerte de todos los pretendientes al Imperio, sería el amo y señor de la República.

Timoteo—Y que ántes y despues de eso los mas sangrientos espectáculos se ofrecerian á nuestros ojos. ¿Y cuál sería, señor amo, el único medio de evitar esos males posibles? Porque si ahora han errado el golpe los que pretendian asesinar al Gobernador, puede que otro día lo acierten.

Yo—Y aun sin que ocurra un asesinato, bien podría morirse como cualquier hijo de vecino el Jefe del Estado.

Timoteo—Eso es posible. Pero cuál sería, señor amo, el medio de prevenir las *luctuosas escenas* de otros tiempos, en el caso de que llegara á desaparecer del mundo de los vivos el supremo señor del Uruguay?

Yo—El único, *Timoteo*? Volver inmediatamente al régimen legal. Imperando la Constitucion se han evitado todos esos peligros, porque, suponiendo que el Coronel Latorre, ya Presidente de la República, fuese asesinado ó muriese de muerte natural, que todo es suponer, la Constitucion señala la manera de reemplazar la vacante.

Timoteo—Tal vez ahora los paniaguados del poder, en virtud de lo que ha estado á punto de ocurrir, pidan de buena fé que tornemos al camino de las instituciones.

Yo—Y entretanto repitamos lo que registra *La Idea*:—«En cuanto al conato de asesinato que motiva este artículo, no tenemos necesidad de decir que execramos los asesinatos, sea que ellos partan de los gobernantes, como Napoleón haciendo asesinar al duque de Enghien; sea que ellos salgan del pueblo, como los franceses guillotinando á Bailly; sea que ellos provengan de la Asamblea, como la Convencion haciendo fusilar á los girondinos: el asesinato, sea de la clase que sea, político ó no, parta de abajo ó de arriba, es siempre asesinato; y nuestros conciudadanos saben que repudiamos á los asesinos, porque todos son, sean de la laya que fuesen, unos miserables.

Timoteo—Conforme con ese parrafito claro y terminante.

Romance

Graves é ilustres varones
Del Consejo Consultivo,
A quienes en vez de gracias
Por vuestra ley de comicios,
Os han dado lindamente
Con la puerta en los hocicos:
(Y esto es llamar, caballeros,
Al pan, pan, y al vino, vino)
Varones graves é ilustres
De ese Cuerpo....sin espíritu,
¿Qué pensais hacer? Acaso
Renunciar al cometido
Que os confiaron, ó tal vez
Seguir á macha-martillo
Confecionando proyectos

Que no son para este siglo,
Es decir, para este mundo,
Es decir, y vá de dichos,
Para esta tierra de turcos
U orientales, que es lo mismo,
Cuyo progreso moral,
Intelectual y político,
Segun cuentan los periódicos
Que se llaman *gubernívoros*,
Está lo propio que estaba
En el año veinte y cinco;
Es decir, marcando el paso
Como perfecto *milico*.
¡Y qué símil oportuno,
Señores del Consultivo!

—
Si no renunciáis, varones,
Despues del chasco sufrido,
Chasco mas grande y mas gordo
Que salario de Ministro;
Si despues de esta derrota
Continuáis en el servicio,
(¡Qué otro símil á los puntos
De la pluma me ha venido!)
Yo os declaro beneméritos
En grado superlativo,
Porque seguir en el potro
Despues de los fieros brineos
Que ha pegado, es poseer
Unas agallas de *primo*....
Cartello, ser mas heróicos
Que el célebre Manolillo....
(Aclaracion necesaria—
Me refiero al conocido
Manuel Gasquez, andaluz
De mas fuerza y de mas brio,
Que pájaro *carpintero*
Ó gallo inglés....en el *pico!*)
Si no renunciáis, señores,
Y haceis lo de aquel *jodio*,
Como dijo el padre Cúneo
Haciendo alusion al Cristo,
Que tras el primer sopapo
Santamente recibido,
Para recibir el otro
Puso el segundo carrillo,
Yo afirmaré, caballeros,
Que no sois prójimos míos,
Sino prójimos de.... vamos,
El apóstol referido.

—
Pero, mirándolo bien,
A qué renunciar? Yo os digo
Que si renunciáis, señores,
Al honroso cometido
Que os fué confiado, vendrán

Otros, y será lo mismo.
Y aquí se me ocurre un cuento,
Que haré con vuestro permiso.
Erase un cura, varones,
Y tenia este maldito
(Dios me perdone! mas pongo
Tan formidable *adjetivo*
Obligado solamente
Por el asonante....y sigo.)
Que tenia la costumbre
Cuando á un enfermo en peligro
De muerte le administraba
El cuerpo de Jesucristo,
De extender incontinentí
En los parroquiales libros
La fé de muerto, aunque el otro
No hubiera *clavado el pico*.
Sucede que una ocasion,
Recorriendo un individuo
Los libros de la parroquia,
Vió su nombre en el Registro
De los finados. Al punto
Llamó al clérigo y le dijo:
—Verdad es que estuve enfermo,
Y tambien es positivo
Que vd. me sacramentó,
Padre cura; pero, amigo,
Tiene vd. seguridad
De haberme enterrado?—Hijo,
No, repuso el sacerdote,
Pero es igual—Igual?—Digo
Que es igual, pues si apunté
Tu partida en el Registro,
Fué tan solo porque tarde
Ó temprano, es bien sabido,
Has de morir, y apuntarla
Tarde ó temprano es lo mismo.

—
Yo, varones del Consejo,
Me permitiré deciros:
¿Y para qué renunciar
Vuestro honroso cometido,
Si luego que renunciéis,
Otros nueve, á punto fijo,
Os reemplazarán, los cuales
Harán la ley de comicios?
Y como la libertad
Electoral—lo consigno
Cual lo pienso, sin andarme
Con perifrasis, ni equívocos—
Y como esa libertad
Ha de morir, es sabido,
Tarde ó temprano en las urnas,
Que así lo quiere el....Destino,
Parodiando al sacerdote
Yo os diré, señores míos:

—Puesto que el libre sufragio
 Dará el último suspiro
 Tarde ó temprano, que muera
 Con vuestra ley de comicios,
 O con otra, caballeros,
 Es igual, todo es lo mismo.
 Así, seguid en el potro,
 Señores del Consultivo,
 Aunque os den, en vez gracias,
 Con la puertá en los hocicos.

VARIEDADES

Pelar la pava

¿Quién es aquel que alguna vez no ha hecho eso que las gentes llaman *hacer el amor*, y en ciertas partes *hacer el oso*, que es como si se dijera *hacer el tonto*?

Sí, señor, el *tonto*; y no retiro el calificativo.

Y si me apuran mucho, estampo aquí otros epítetos aun mas duros, con que el mundo ha bautizado á la desdichadísima ocupacion de *pelar la pava*.

¿Qué otra cosa sino tontería, era la que hacían aquellos mancebos de antaño, de que habla el romance, de carácter caballeresco y pendenciero, que á las primeras de cambio, por triquiñuelas del sexo, que sin razon se llama débil, andaban á estacazo limpio por calles y allejuelas?

Pasma leer las descripciones de esas *danzas de espadas*, como decía el inmortal Quevedo. Por un billete, perfumado por cierto; por una flor; por una de esas miradas candentes, de que hablan los novelistas, armaban una de cintarazos aquellos matachines de los tiempos de la pajuela, que ponía en completo *revolutis* á las viejas y beatas de la vecindad.

Se despachurraban de lo lindo, hasta que uno de los combatientes quedaba tendido largo á largo en el sitio de la gresca.

A pesar de estas barbaridades, es justo reconocer que, en aquellos tiempos, en cuestion de vida galante, se hilaba mas delgado que en los presentes. El recato y el misterio velaban esos amoríos, y un juramento de amor (ó de lo que fuera) hecho sobre la cruz de una espada, ante la luz de la luna y el silencio de la noche, únicos testigos, era cumplido fielmente por el que de caballero blasonaba.

Ahora ya es otra cosa, gracias á la luz clara y brillante del gas, y al olvido en que han caido los libros de *caballadas*, digo de caballería.

De aquellos tipos fornidos, de larga y sedosa melena, hemos venido á parar en jovencitos muy relamidos y almibarados, que la gacetilla denomina *gomosos*; y que en vez de llevar espada al cinto como los antiguos donceles, van armados de un bastoncito inofensivo; vestidos muy coquetamente y llevando á guisa de gollilla un cuello con el cual parece que les sale la cabeza de una sopera; coronando esta catadura un sombrerito muy remonono, por debajo de cuya ala asoma un mechoncito de pelo hábilmente colocado sobre la frente, y.... ¡temblad, hijas de familia! ¡estremeceos, padres y maridos!

El *no me olvidés* casto y puro de otros dias, ha sido sustituido por el *tengo dinero*, ó el *no me conviene*.

Las refriegas y mandobles, por un almuerzo, si no termina la cuestion ántes de llegar al terreno por un abrazo, en cuyo caso no se almuerza.

Los billetes perfumados por prosaicas cartas pidiendo plata.

Enamorar es en el dia una cosa tan natural y corriente, que ya hasta casi es de mal tono no decirle un pipro á toda mujer que acierta á estar á nuestro lado.

Tipos hay que han tomado tan á pecho esta costumbre, que de buenas á primeras le fletan una declaracion amorosa al lucero del alba; poco les importa el efecto que produzca aquella; lo que ellos quieren es tener un ratito de chico-leo.

Si andan por la calle, apenas divisan una chica de buen palmito, de buenos ojos ó de buen pié, se lanzan detrás de ella por calles, tiendas y plazuelas. Y preguntan vds. ¿con qué objeto?

Nada importante; simplemente para repetirle una y mil veces aquello de:—*¡qué bonita es usted!*—*¡es usted divina!*

Acto continuo *viran*, como diria una preciosa criatura que emplea mucho esta decidora palabrita, hácia otra que, por ir mas elegante y ser *su tipo*, les hace olvidar la primera.

Ante esta repiten las mismas necesidades.

Nada importa que entre en una tienda, que se siente, que pase allí las horas y las horas: nuestros galanteadores se plantifican imperturbables á la puerta, fuman, bostezan, hasta que por fin salen las víctimas de semejantes posmas.

Poniendo la cuestion en el mejor terreno posible, supongamos que aquella se vá directamente á su casa. ¡Infeliz! No sabe lo que le aguarda para los dias subsiguientes!

Antes dejará el sol de salir, que dejar alguno de los ya dichos perseguidores, de estar mañana y tarde hecho un poste delante de la puerta, ventana ó balcon de la chica.

Y allí será de ver la espresiva mímica de la telegrafía amorosa del galán que, si no hace reír, tampoco hace llorar; pero que carga, que fastidia, que indigesta por lo *cursi* y ridículo.

¡Cómo compadezco á la niña ó señora á quien le sale uno de estos necios é inaguantables amantes de esquina!

¡Cómo lamentarán las pobres mujeres, que no les sea permitido ponerse en facha delante de un tipo de estos, decirle cuatro frescas, y si á mal no viene, zurrarle vigorosamente la badana con una retreta de bofetadas!

Ahora bien; si esta manera de enamorar, que someramente dejó indicada, y que constituye, por decirlo así, la sola ocupación, el solo entretenimiento de un gran número de mocitos que se vén por ahí, no es tonta, no es archi-ridícula, que venga Dios y lo vea.

Tal es lo que poco mas ó ménos se entiende por *pelar la pava*.

B. N.

COSAS DE NEGRO

Como varios amigos, en la suposición de que eran nuestras, nos han felicitado por las interesantes cartas de *Touchatout* y *Blas Gil* que hemos publicado y seguiremos dando á luz en este periódico; estamos en el deber de declarar que ellas pertenecen á un modesto é inteligente compatriota, que ya ha sido juzgado favorablemente por el público en otras ocasiones.

Registra *La Colonia Española*:

«Nos dicen que de una de las mas célebres armerías de Vizcaya se ha remitido al señor Gobernador de esta República un revolver magníficamente construido, como prueba de agradecimiento por la protección que ha dispensado á los vasco-navarros».

Nuestros compatriotas no quieren ser ménos que los vizcainos, y como un testimonio de gratitud por la última promesa del Dictador, de volver al régimen constitucional, dicéase que piensan regalarle una Constitución de la República magníficamente encuadrada.

Cuál de estos obsequios será mas apreciado por el Coronel Latorre? Nosotros estimariamos mucho mas el primero que el segundo.

Por que la Constitución
Es un regalo al *boton*,

Y el que hacen los vizcainos
Regalo contra asesinos.

Charadas

Tercera y primera en las minas
Y en los mármoles se encuentra,
Y *paima y dos* es un árbol
Que abunda por esta tierra.

Un animal asqueroso
Es mi *cuarta* con *primera*,
Y tienen *tres y segunda*
Las naves y las iglesias.

Mi todo es lugar de España
Donde las armas francesas
Sufrieron una derrota
Que avergonzadas recuerdan.

La *prima* con la *tercera*
En tí la puedes mirar,
Y la *segunda* con *prima*
En los árboles está.

Mi *primera* repetida
No la tuvo el padre Adán,
Aunque despues todo hombre
La ha tenido y la tendrá.

Es finalmente mi todo
Un repugnante animal,
Para hallar la solución
Con lo dicho basta ya.

L. C. (Tacuarembó)

A un enfermo que se estaba muriendo, le preguntó una vieja:

—¿Me conoces, hijo mio?

—Sí, señora, la conozco á vd.

—Pues dime, ¿quién soy?

—Es V. la mayor chismosa que hay en el pueblo.

—Mira, hijo mio, que no es ocasion para gastar chanzas.

—Por eso lo digo, abuela, porque es la hora de decir verdades.

Solucion

DE LAS CHARADAS DEL NÚMERO 12

1°. *Infantería*.

2°. *Pepino*.

La solución nos ha sido remitida por *Blas Gil* y *Un gringo* de Porongos.